



## Domingo IV de Pascua

El pueblo de Israel expresó con la imagen del Pastor su experiencia de un Dios que guía y protege a su pueblo elegido, que le cuida con amor de padre y le muestra su poder con el perdón y la misericordia. Esta experiencia la expresó en el conocido salmo 22: *“El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan”*.

Dios, el Pastor de Israel, gobernaba a su pueblo por medio de pastores inmediatos, como los profetas, sacerdotes y reyes, que estaban obligados a ejercer su oficio con justicia. Ante la permanente injusticia de estos pastores, el pueblo de Israel concentró su esperanza en el futuro Mesías Rey, que gobernaría a su pueblo con Justicia, en fidelidad a Dios.

Jesús se atribuyó el título de Pastor de Israel: *“Yo soy el Buen Pastor. El buen Pastor da la vida por sus ovejas”* (Jn 10, 11). Da la vida cargando sobre él todas las culpas de sus ovejas, como Cordero llevado al matadero (cf. Is 53, 6-7). El Buen Pastor da la vida entregándose a sí mismo al sacrificio como el nuevo y definitivo Cordero pascual, por cuya sangre de la nueva alianza se perdonan los pecados.

Ahora, nosotros estamos viviendo el tiempo pascual con una especial contemplación de Jesús resucitado de la muerte: él es el Cordero que sobre la cruz ha sido degollado (cf. Ap 5, 6.9.12; 13, 8), pero que con la Resurrección se ha convertido en el *“pastor y guardián de nuestras almas”* (1 Pe 2, 25), al cual nos hemos convertido. El es el *“Pastor supremo”* (1 Pe 5, 4), el pastor de los pastores, que continúa guiando a su comunidad y alimentando a sus ovejas por medio de nuevos pastores queridos por él.

En el breve texto hoy leído del Evangelio de Juan, Jesús se presenta como el Buen pastor que ha recibido sus ovejas de Dios Padre y las apacienta según el encargo recibido de él. Nadie las arrebatará de sus manos porque el Padre y Jesús son uno.

Jesús mismo dice con claridad cuál es la relación que existe entre él y los que creen en él: las ovejas escuchan su palabra reconociendo su voz; en consecuencia, se confían a él y le siguen con seguridad adondequiera que los conduzca. Escucha y seguimiento constituyen lo esencial para llegar a ser creyentes en Jesús, para tener parte en su misma vida, para formar parte de su comunidad: sólo mediante una escucha obediente y un seguimiento perseverante se puede tener con Jesús una comunión de vida profunda y duradera.



Carlos López Hernández

Pero esta unión de las ovejas con el Pastor se hace todavía mayor por el profundo conocimiento que Jesús tiene de las ovejas: él las conoce una a una, las llama por su nombre (cf. Jn 10, 3) y, yendo delante, les abre el camino hacia pastos abundantes (cf. Jn 10, 9), que hallan su plenitud en la vida eterna. Esta es la vida en plenitud que el Buen Pastor sigue dando a la muchedumbre incontable de los que le siguen con fidelidad en medio de las tribulaciones del mundo y lavan sus túnicas en la sangre del Cordero. Ahora participan de su gloria, le ofrecen su vida como un canto de alabanza y son saciados con el agua viva de su amor eterno.

Los pastores actuales en la Iglesia debemos tener con las ovejas la misma relación que tuvo con ellas Jesús el “*gran Pastor de las ovejas*” (Hb 13, 20). Nuestra misión consiste en ayudar a los fieles a sentirse seguros y felices en la escucha y el seguimiento de Jesucristo. Pero esta misión la realiza el mismo Buen Pastor mediante el don de su Espíritu Santo.

**Queridos confirmandos:** Hoy recibís el don del Espíritu Santo, que lleva a plenitud vuestra experiencia de hijos adoptivos de Dios, para que podáis dirigiros siempre a él con confianza llamándole Padre, seguros de que sois herederos de la vida nueva de Cristo y de la gloria que él ha prometido a cuantos le siguen sufriendo con él. El Buen Pastor os da su Espíritu, para que os dejéis llevar por él.

Con el Espíritu Santo, el Buen Pastor os da su vida, que es el Amor que comparte con Dios. Os llena el corazón de su amor para que podáis escuchar, comprender y guardar su Palabra como una palabra interior de verdad, de vida y de libertad, que brota de la sintonía de vuestro corazón con los sentimientos del corazón de Cristo. De esta manera, el Espíritu Santo os va enseñando todo lo que se refiere al misterio de vuestra vida en Cristo, recordándoos y ayudándoos a comprender todo lo que Jesús os ha enseñado con su Palabra y con el ejemplo de su vida. Por vuestra parte, debéis coger este don con alegría y buscar siempre en la Palabra de Jesús la luz y la orientación de vuestra vida. E igualmente debéis acoger el don del pan y el vino, convertidos por el Espíritu Santo en el cuerpo y la sangre de Cristo, para alimento diario de vuestra vida de hijos de Dios. El mismo Espíritu os sana las heridas diarias del camino en el sacramento de la reconciliación.

Hoy celebramos la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, instituida para pedir al Señor que continúe enviando obreros a su Iglesia (Mt 9,38). Disponer de un número suficiente de sacerdotes es de importancia decisiva para el futuro de la Iglesia, pues no hay Iglesia sin sacerdotes. Además, la falta del necesario número de sacerdotes es grave problema de la Iglesia porque demuestra la debilidad de la vida de fe y de amor de las familias y de las parroquias y diócesis. Por el contrario, donde se vive de acuerdo con el Evangelio, hay suficientes vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.



Las vocaciones sacerdotales y religiosas nacen de la experiencia del encuentro personal con Cristo, del diálogo sincero y confiado con él en la oración, para aprender a buscar y cumplir su voluntad. Esta relación con Jesús, que nos hace capaces de escuchar y acoger su llamada, tiene lugar en las familias y comunidades cristianas que viven un intenso clima de fe, dan testimonio de generosa adhesión al Evangelio y alimentan su vida en la Palabra de Dios, en la Eucaristía, en los sacramentos, en la oración personal y en el ejercicio de la caridad. La respuesta de una persona joven a la llamada al ministerio sacerdotal o a la vida religiosa consagrada es uno de los frutos más maduros de una comunidad cristiana y es motivo de esperanza para la misión futura de la Iglesia. El crecimiento de las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada ha de ser un fruto del Año de la fe.

Como sucedió en el curso de la existencia terrena de Jesús, el mismo Señor Resucitado pasa también hoy a través de los caminos de nuestra vida, y nos ve inmersos en nuestras actividades, con nuestros deseos y nuestras necesidades. Precisamente en medio de nuestros afanes diarios, Jesús sigue dirigiéndonos su palabra; nos llama a realizar nuestra vida con él, el único capaz de apagar nuestra sed de esperanza. Él, que vive en la comunidad de discípulos que es la Iglesia, también hoy llama a seguirlo. Y esta llamada puede llegar en cualquier momento. También ahora Jesús repite: “Ven y sígueme” (Mc 10,21). Para responder a esta invitación es necesario dejar nuestros propios proyectos y acomodar nuestra propia voluntad a los planes de Jesús sobre nosotros, dándole preferencia sobre todo: la familia, el trabajo, los intereses personales, nosotros mismos. Seguir la llamada de Jesús, en cualquiera de las formas en que se realiza la vocación cristiana, es entregarle a él la propia vida, vivir con él en profunda intimidad, entrar a través de él en comunión con el Padre y con el Espíritu Santo y, en consecuencia, con los hermanos y hermanas. Esta comunión de vida con Jesús es el lugar privilegiado donde se experimenta su AMOR, que es el contenido de nuestra fe y de nuestra esperanza, pues *“nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”* (1 Jn 4,16).

Queridos jóvenes: No tengáis miedo de buscar, escuchar y seguir a Jesucristo, reconociéndole como vuestro camino, verdad y vida (Jn 14,6). Y acoged gozosos su llamada a servir a Dios y a los hermanos por amor, sea en la vocación laical y matrimonial, en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada. Si recorréis con Jesús los estrechos senderos de la caridad y del testimonio del Evangelio, encontraréis la plena alegría que el mundo no puede daros.